

Rd.

TESTAMENTO (PRE) MATURO

- I. Recordatorio sentimental
- II. Recomendaciones necesarias
- III. Premisas de albacea
- IV. Lo verdaderamente sustancioso

I

Hijitos míos,
Arcadio y Ursulita:

Cualquier día de estos
es bueno para la cosecha
cuando cada uno de nuestros momentos
está limpio
redondo y
en su punto.

Cualquier estación del año
es estación provechosa
cuando no tememos deslaves
ni derrumbes
ni sequías
ni erosiones.

Cualquier vendimia es sagrada
cuando la fruta en su forma
lleva el sello de unas manos.

Cualquier labriego es un sabio
cuando en su rostro tranquilo
mide el nieto las palabras
el tiempo
los surcos y
lo llano.

Cualquier día de estos,
mis hijos,
alguien
-en una encrucijada de caminos-
me dirá:
¡Hasta aquí!
y entonces les tocará a ustedes
escanciar mi herencia.

Brindo por ese día en que los catadores
sabrán adivinar de qué bodega
procede el más templano de los vinos

y el más añejo
de todos los ícores.

Brindo por esa vida
que desbordará las copas
y se repartirá gozosa
entre los comensales

(algo tan natural
tan de la tierra
como el anís
como la menta
pero igual de penetrante
que ellos).

II

Cascarita morena,
mi Ursulita.
Ollejo blanco,
mi Cayito

(Frutas portadoras
de las más dulces
de todas mis esencias).

Años y años
acodándome a los cercos
para beber sombras frescas.

Años y años
destilando pensamientos
rezumando reflexiones
emociones

(Madurez sedimentada lentamente
por aquella soledad
de los caminos
y, a ratos,
por la sazón
de alguna compañera peregrina).

Años y años
preparando los odres
para esta temporada.

No desdigan, mis hijos,
de la cepa.

No arrinconen
ni agüen
esa savia
que ha llevado tanto tiempo
para lograr su punto.

Es cierto
que el fermento es necesario
que sin sal
son simples las comidas

y que la pizca de esto y de lo otro
le da el toque personal
a los manjares.

Pero no traten de llamar la atención
con lo de fuera.
Concentren su labor en el meollo
en lo de dentro.

Y van a sentir, como yo,
placer enorme
en cultivar las flores
los frutos
los hijos
las ideas.

Arcadio y Ursulita:
mis pensamientos más delicados
mis conservas más finas
han sido para ustedes.

No quiero que vayan a cualquier feria
y vendan a canastadas
a cualquier postor
lo que con tanto amor se transformó
en un fruto.

Distribuyan lo que tienen
sabiamente
pródigamente pero con miramientos.
Así demostrarán que comprendieron
el arte antiguo
de cultivar al hombre:
arte denso por amasar historias
pero espléndido en prodigar sus dones
cuando la ocasión
y el ser humano
lo requieran.

III

Somos parte de un pueblo
trashumante
porque vamos huyendo
de las historias negras
de los días nefastos

Ahora,
en este alto del camino
-que va durando ya varios siglos-
nos ha tocado una vez más
sembrar suspirando
la semilla
amasar con lágrimas

el maíz de las tortillas
del tamal y
de atole.

Pero aquí hemos afincado
nuestras chozas.
Como si fuera maldición
no nos movemos
mientras el pueblo peregrino
se desangra
gota a gota.

Nos piden que veamos desde un palco
la tragedia
que aplaudamos como a un circo
la hecatombe.
Si nos negamos
pueden hacer de nosotros
pasto para los perros
y para los zopilotes.

Con todo,
la madurez, hijos del alma,
requiere ahora este sabor amargo
en las comidas
esta resequedad constante
de la boca.

Y hay que asumir el riesgo
so pena de quedarse como jugo manso
o, peor aún,
como bagazo sin ni siquiera zumo.

Porque la forma de lograr
aquí y ahora
la quintaesencia
de lo humano
pasa por el peligro de caer
-contra Newton-
aunque aún no esté grávida
la fruta.

IV

Paradoja constante
de la vida:
esta lúcida consciencia
de la muerte
en vez de deprimir
produce euforia:
invita a beber a bocanadas
los colores posibles del paisaje
los sabores ocultos
en el aire.

(Los poros del condenado
a muerte
se le abren como ventanales
gigantes:
y giran como telescopios
buscando constelaciones nuevas
inventando nebulosas).

Así, en esas bodegas subterráneas
aparentemente condenadas
a la oscuridad perpetua
va destilándose la espuma
decantándose el sabor templado
(porque tiene que pasar
por lo ácido
lo acre
lo amargo
para llegar a dulce)

que sólo se consigue
en una fresca sombra
en la tranquilidad
que da la robustez
de los toneles
y la madera endurecida
de las cubas.

Hijos, mis hijos,
somos un pueblo
de peregrinantes.
Vamos por el mundo
sembrando unas semillas
que ahora son duras como piedras
como balas.

Pero si queremos algún día
escapar de los malos augurios
tenemos que aceptar
esta dentera.

Si queremos alguna vez
transitar libremente
los caminos
y sembrar en cualquier campo
los maizales

(sin que haya espantapájaros)
que impidan
nuestro paso)

tenemos que aceptar
este alimento
tenemos que llenar la cebadera
con este totoposte duro
para mientras...
para mientras caminamos
en este mismo círculo
de muerte.

Esta es mi herencia,
Arcadio y Ursulita:
camino adelante
ustedes los primeros.
No dejen que nadie los arrée
conduzcan, si pueden,
caravanas.

Para eso hemos nacido
-raíces de la tierra-
ustedes y yo:
para aliviar con nuestro almíbar
los momentos más amargos
de los peregrinos;

para agitar banderas
y batir las palmas
cuando se encuentre en oasis
o se reparta el dátil.

Así vamos preparando
endulzando derroteros
y así nos preparamos
a nosotros mismos
para asistir a la gran feria
de la historia.

marzo-abril 1983.

